Los nuevos esclavos de nuestra época: las mujeres y los niños
POR GIUSEPPE DE ROSA

Muchos piensan hoy en día que la esclavitud es un hecho del pasado y ya no existen los esclavos, pero la realidad es muy distinta: en el mundo actual hay formas de esclavitud que afectan a millones de seres humanos. Ciertamente, hoy la conciencia humana se rebela ante la idea misma de la esclavitud, y en este sentido ha habido un enorme progreso con respecto al pasado, cuando la esclavitud se consideraba un hecho normal, y más aún, necesario para la vida de la sociedad. Con todo, este avance no ha llegado a traducirse plenamente en la realidad actual.

La esclavitud fue abolida legalmente, por etapas sucesivas, en los siglos XIX y XX: el Tratado de Washington de 1862, la Conferencia de Bruselas de 1876, el Acta Internacional de la Conferencia de Berlín de 1884, la Conferencia de Bruselas de 1890, los artículos 22 y 23 del Pacto de la Sociedad de las Naciones, la Convención de Ginebra sobre la esclavitud del 25 de septiembre de 1926 y por último la Declaración Universal de los Derechos Humanos, promulgada el 10 de diciembre de 1948 por 48 Estados, que en su artículo cuarto prohíbe la esclavitud y el tráfico de esclavos en todas sus formas. Sin embargo, la esclavitud todavía existe en la actualidad en formas nuevas, pero no menos humillantes y crueles que las antiguas.

La condena de la esclavitud, sancionada por la Declaración Universal de Derechos Humanos de 1948, no ha impidiendo la aparición en estos años de dos nuevas formas de esclavitud no menos crueles que la antigua esclavitud y la trata de negros. Se trata de la esclavitud económica y sexual. Antes de hablar de estas dos formas modernas de esclavitud, es necesario recordar que todavía existen formas antiguas. El caso extremo es Mauritania, donde alrededor de noventa mil personas, en un país con una población de dos millones y medio de habitantes, son propiedad de miembros de las tribus berberies. Del millón doscientos mil inmigrantes que han llegado a los Estados del Golfo Pérsico, muchas personas trabajan con las familias acomodadas en condiciones de verdadera esclavitud, a cambio de un sueldo que oscila entre 170 y 300 dólares mensuales. Episodios de abuso y explotación extrema tampoco faltan entre las colaboradoras domésticas de origen extranjero que trabajan en Europa (p.119).1

La esclavitud económica afecta de manera especial a los niños. De los doscientos cincuenta millones de niñas de cinco a diez años de edad que (de acuerdo con los cálculos recientes de la Organización Internacional del Trabajo de Ginebra) se encuentran económicamente activos, aproximadamente la mitad trabaja con jornada completa y por lo menos un tercio desempeña sus tareas en condiciones peligrosas e insalubres.

1 P. ARLACCHI (Esclavos. El nuevo tráfico de seres humanos), Milán, Rizzoli, 1999. Los datos aquí referidos provienen principalmente de este volumen, del cual cada vez se indican las páginas.
Sin embargo, la esclavitud económica afecta de manera especial a los niños. De los doscientos cincuenta millones de niñas de cinco a diez años de edad que (de acuerdo con los cálculos recientes de la Organización Internacional del Trabajo de Ginebra) se encuentran económicamente activos, aproximadamente la mitad trabaja con jornada completa y por lo menos un tercio desempeña sus tareas en condiciones peligrosas e insalubres (p. 120). Muchos de estos niños reciben un pago misérrimo o de hecho no perciben retribución, y a menudo están obligados a trabajar más allá de su capacidad física, hasta 18 horas diarias, sin ver jamás la luz del sol, despojados de derechos fundamentales, como la libertad de movimiento y expresión. Sobre todo los niños empleados en la industria y los servicios corren los mayores peligros y viven en condiciones comparables con la esclavitud. Varios centenares de miles trabajan, por ejemplo, en la producción de vidrio en los alrededores de la ciudad de Ferozabad, en la India. En el ambiente de calor excesivo de estos trabajadores, los niños deben llevar con varias de hierro el vidrio incandescente a los obreros especializados, caminando descalzos en medio de astillas, siendo a menudo víctimas de quemaduras.

Entre dos y tres millones de otros niños son explotados en los hornos de ladrillos en la India y Pakistán, donde trabajan sin descanso, sin protección alguna contra el calor del verano y el frío del invierno, en un ambiente irrespirable debido al diminuto polvo de cuarzo, padeciendo la mayoría de silicosis, infecciones en las vías respiratorias y problemas de la vista que pueden llegar a la ceguera. Muchos otros pequeños esclavos se encuentran en las fábricas para envasar sardinas (por ejemplo, en las Filipinas) en lugares de trabajo cercados por alambre de púas y vigilados por guardias armados.

Los menores constituyen un porcentaje considerable de la fuerza de trabajo de la industria clandestina de la vestimenta en Tailandia, de la industria de tapetes del subcontinente indio y de la producción de madera en Brasil, sobre todo en los Estados de Mato Grosso do Sul y Minas Gerais. En lugares muy alejados de la selva amazónica, los niños recogen junto con sus padres el carbón de leña producido y se ocupan de enfriar los hornos. Están lejos de las ciudades, escuelas y hospitales y son permanentemente vigilados por milicias privadas. Muchos enferman de silicosis y afecciones circulatorias. Centenares de niños están obligados a participar en la extracción de oro de las arenas auríferas de la región peruana de la Madre de Dios.

Muchos de estos niños trabajadores han sido arrancados de sus familias, conducidos lejos y vendidos a nuevos amos. Así, en algunos lugares del Sudán, niños provenientes de etnias católicas o animistas son arrastrados por centenares de kilómetros lejos de su casa y convertidos a la fuerza al Islam por sus raptores, los cuales les cambian el nombre y luego los venden en los bazares. Se calcula que el 10 por ciento de una cantidad superior a 900.000 niños empleados en la industria de tapetes en la India, Pakistán y Nepal han sido raptados por gang especializa-
"Se calcula que hoy día existen aproximadamente 300.000 soldados niños en los ejércitos y en las fuerzas de guerrilla en todo el mundo. Muchos de ellos tienen cerca de 18 años, pero decenas de miles son todavía adolescentes. Arrancados con violencia de sus familias, son obligados a matar y torturar, y después de este adiestramiento en la ferocidad, se convierten ellos mismos en despiadados combatientes" (Obra de André Fougeron).

das y luego vendidos a empresarios sin escrúpulos. Alrededor de la mitad son entregados por padres ingenuos a individuos sospechosos que recorren las áreas más pobres y alejadas de estos tres países, prometiendo educarlos y tratarlos bien, para luego en cambio venderlos a explotadores de toda clase. El resto es empleado por sus padres en pago por una deuda familiar que puede durar varias generaciones.

La esclavitud por deuda es ciertamente en la actualidad una de las peores formas de sumisión. Un padre oprimido por las deudas acepta vender su hijo al propietario de un telar o un horno o al concesionario de una mina, recibiendo a cambio un anticipo, que se convertirá en deuda del niño. Otra forma de esclavitud que afecta a los niños es el enrolamiento forzoso de menores en los ejércitos nacionales o en bandas locales. Se trata de una práctica muy difundida en Afganistán, Sierra Leona, Sri Lanka, Sudán y Uganda. Se calcula que hoy día existen aproximadamente 300,000 soldados niños en los ejércitos y en las fuerzas de guerrilla en todo el mundo. Muchos de ellos tienen cerca de 18 años, pero decenas de miles son todavía adolescentes. Arrancados con violencia de sus familias, son obligados a matar y torturar, y después de este adiestramiento en la ferocidad, se convierten ellos mismos en despiadados combatientes.

Después de proporcionar estos datos, P. Arlacchi hace una observación digna de reflexión: Muchos bienes producidos recurriendo a mecanismos asimilables a la esclavitud se exportan a países en vías de desarrollo y se venden en los países industrializados. Los tapetes tejidos en Asia por familias completas sometidas por sus deudas, el oro y los otros minerales extraídos por los nuevos esclavos en la selva amazónica y la madera proveniente de esta misma región alimentan el consumo y la producción de las sociedades más desarrolladas (p. 135). Esto significa que los países desarrollados se benefician con la esclavitud económica y el trabajo forzoso de menores, especialmente las multinacionales, que en una eco-
nomía de mercado sin reglas procuran obtener mano de obra al menor costo posible, como es la mano de obra de menores.
La segunda forma de esclavitud del mundo actual es la esclavitud sexual. En la base de esta hay enormes ganancias de las organizaciones criminales que la administran. En las últimas décadas ha crecido un mercado de prestaciones sexuales en el cual las ganancias para los mediadores y los precios de los servicios vendidos a los clientes son tanto más elevados cuanto mayores son las violaciones a los derechos humanos de las víctimas. Los esclavos sexuales han llegado a ser una mercancía muy solicitada, y el mercado mundial de mujeres y niños reducidos a servidumbre con el fin de satisfacer los deseos y perversiones de una clientela que paga y es indiferente ha asumido proporciones alarmantes.

La segunda forma de esclavitud del mundo actual es la esclavitud sexual. En la base de esta hay enormes ganancias de las organizaciones criminales que la administran. (...) Los esclavos sexuales han llegado a ser una mercancía muy solicitada, y el mercado mundial de mujeres y niños reducidos a servidumbre con el fin de satisfacer los deseos y perversiones de una clientela que paga y es indiferente ha asumido proporciones alarmantes.

Son mujeres que apenas han pasado la adolescencia, casi niñas, cuya virginitad y libertad son valoradas y negociadas por explotadores diligentes y escrupulosos, conscientes de la diferencia entre la mercancía humana y las demás. En realidad, mientras una carga de armas o una partida de drogas sólo pueden venderse una vez, una muchacha esclava puede ser obligada a llevar a cabo centenares o miles de prestaciones sexuales antes de revenderse a menor precio en un círculo inferior de prostitución. Antes de ser demasiado grande, morir de SIDA o ser víctima de infecciones venéreas, un niño destinado a atender turistas pedófilos puede ser una pequeña mina de oro para sus propietarios, y sólo requiere ser alimentado, vestido y hospedado.

En un número cada vez mayor de países pobres, en la actualidad se encuentran con frecuencia muchachas adolescentes trabajando fatigosamente veinte horas diarias en burdeles de categoría ínfima, sin descanso semanal, recibiendo hasta 40 clientes cada día. En los países más ricos, en informes sobre la esclavitud se condena a mujeres jóvenes y maduras, que a raíz de su situación de inmigrantes clandestinas se ven excluidas de toda protección jurídica y están obligadas a prostituirse en los night clubs o en las veredas.

Se han constituido organizaciones pedófilas con ramificaciones internacionales con el fin de proporcionar a sus clientes no sólo niños para satisfacer sus perversiones en escenarios con playas exóticas, sino también kit de supervivencia completos, con pasaporte falso, folletos con consejos sobre actitudes recomendables en caso de eventuales problemas con las autoridades locales y sugerencias para no provocar sospechas. La población de los explotadores está constituida cada vez en mayor medida por grupos criminales de diversa extracción. Entre éstos se encuentran algunas de las organizaciones criminales más poderosas y famosas del mundo, como la Yakuza del Japón, las Triadas chinas y la mafia rusa (pp. 68-70).
Lo más notable del mercado actual de la prostitución es su carácter global. El tráfico de mujeres y niños destinados al mercado sexual, en manos de poderosas organizaciones criminales que abarcan la totalidad del planeta en una red sumamente amplia, moviliza enormes recursos financieros y emplea tecnologías avanzadas, desplegándose en dos direcciones: de los países pobres a los países ricos y de los países ricos a los países pobres.

Los países ricos –Estados Unidos, Europa, Japón, Australia– son abastecidos con centenares de miles de mujeres jóvenes provenientes de la fuente tradicional del sudeste asiático: Filipinas, Vietnam, China meridional, Tailandia. Las muchachas más hermosas son escogidas para la exportación en Europa, Japón y Estados Unidos. Se calcula que se introdujeron por lo menos 100.000 mujeres asiáticas ilegalmente en Estados Unidos a comienzos de los años 90 y al menos el 70 por ciento de las mismas se encuentran prisioneras en circuitos sexuales controlados directamente por grupos criminales asiáticos. En las grandes ciudades, como Nueva York, Los Angeles, Seattle y San Diego, hay cadenas de burdeles ilegales donde mujeres tailandesas están sometidas a un régimen de verdadera servidumbre. Cediendas por sus compatriotas a los dueños de los locales, se ven obligadas a restituir el triple del precio pagado por sus amos al adquirirlas, cifra que asciende de 18.000 a 43.000 dólares. Mediante la amortización de la deuda, los dueños consiguen prolongar casi hasta el infinito la dependencia de las mujeres, obligándolas a vivir en condiciones de semicautividad.

En los locales nocturnos de los barrios con luces rojas de las ciudades japonesas, la mayoría de las prostitutas son de origen tailandés y filipino. Las muchachas llegan normalmente con visa turística o pasaportes falsos malayos que les proporcionan organizaciones criminales. Los mediadores que las han reclutado en la patria les han prometido un empleo de camareras o cajeras de supermercados en Japón. En realidad, sólo las han cedido por una suma de 15.000 a 20.000 dólares a traficantes vinculados con la Yakuza, que se han encargado de su traslado e ingreso al país. Los agentes que han organizado el viaje luego han entregado estas mujeres a los dueños de los bares para que puedan ganar el dinero necesario para
cubrir su deuda. En estos casos, las mujeres deben pagar dos deudas, la primera al agente que las reclutó y la segunda al propietario del local donde trabajan. Las mujeres que no desean entrar al circuito del sexo forzoso son víctimas de amenazas y violencia física y pueden ser denunciadas a la policía por los mismos dueños de los locales nocturnos. Por otra parte, no son pocos los casos de mujeres engañadas y revendidas a otro burdel, donde están obligadas a iniciar nuevamente el pago de la deuda, que en realidad nunca logran terminar, porque, por ejemplo, una prostituta rusa, que en Alemania gana 7.500 dólares mensuales, conserva para ella únicamente 500 dólares, con los cuales debe pagar su alojamiento, la comida y la vestimenta, mientras los otros 7.000 dólares van al propietario del burdel.

En la Unión Europea hay 250.000 a 500.000 mujeres extranjeras en la industria sexual, provenientes del sudeste asiático, Centroamérica, África y Europa Oriental (de donde provienen dos tercios). En cuanto a Italia, escribe P. Arlacchi: En los últimos años, las mujeres italianas parecen haber desaparecido de las veredas: han comenzado a trabajar en departamentos, con tarifas más altas y en condiciones de relativa autonomía. Al mismo tiempo ha aumentado la proporción de mujeres extranjeras explotadas en la calle por el racket. De acuerdo a una estimación del año 1996, la cantidad de las mismas oscilaba entre 18.800 y 25.100. La mayoría proviene de los países del Este, especialmente de las regiones trágicas de la ex Yugoslavia y Albania. Por consiguiente, se trata de bosnias, sirvias, croatas y albanesas, que se mezclan con las muchachas rusas, lituanas, búlgaras y macedonias. También se registra una gran presencia de africanas. Los cálculos de 1996 indicaban una cifra comprendida entre 1.453 y 2.216 mujeres africanas importadas y explotadas por grupos de criminales. El 80 por ciento de ellas trabaja en la calle. Otra tipología de prostitución forzosa, practicada en locales nocturnos, es ejercido en cambio principalmente por muchachas asiáticas y latinoamericanas (p. 103).

Además de la importación de mujeres jóvenes y sumamente jóvenes (las más solicitadas, a veces niñas y adolescentes) de los países del tercer mundo a los países ricos, existe también el turismo sexual dirigido de éstos a los países pobres. En las últimas dos décadas del siglo XX ha habido un aumento en medida exponencial del turismo sexual: 70 por ciento a 80 por ciento de los turistas que llegan cada año al Asia de las regiones más ricas del mundo (Estados Unidos, Europa Occidental, Japón y Australia) utilizan servicios proporcionados por la industria sexual. Así, para responder al aumento de la demanda sexual de los turistas, los mercados regionales están desarrollándose enormemente, abasteciéndose de mujeres de otros países. Naciones como Tailandia, Taiwán y Corea del Sur se han convertido en mercados finales de carne humana para un número creciente de países vecinos o limítrofes: Camboya, Vietnam, China, Indonesia y Mianmar (ex Birmania). A su vez, Camboya se ha convertido en lugar de llegada para las mu-
jeres vietnamitas. De acuerdo con una reciente investigación del gobierno, en Tailandia el porcentaje de prostitutas extranjeras es de 16 por ciento. Entre 1990 y 1997, 80.000 mujeres y niños fueron objeto de tráfico en la frontera entre Mianmar y Tailandia para ser explotados en la industria sexual (p. 91 s.).

El turismo sexual de los países ricos tiene como meta en particular Tailandia en Asia y Kenia en África, lugares donde se ha desarrollado una importante industria turística y está aumentando el tráfico de mujeres de Uganda y la India, contratadas en su patria como músicas y luego obligadas a prostituirse. Cabe señalar que la industria sexual se ha convertido en parte integrante de la expansión del sector turístico y una de las principales entradas de divisas para un número creciente de países. Únicamente en Tailandia, se ha estimado que los ingresos anuales de la prostitución, de 22,5 a 27 mil millones de dólares, constituyen entre 10 por ciento y 14 por ciento del PIB.

Así, en el mundo actual existe un mercado mundial de la prostitución con millones de mujeres y niños, que proporciona a los organizadores del tráfico de carne humana utilidades en torno a siete mil millones de dólares anuales. Se trata ciertamente de lo más espantoso que existe en el mundo moderno. Indudablemente, la prostitución siempre ha existido; pero las formas y las proporciones que ha adquirido en las dos últimas décadas del siglo XX no son comparables con época histórica alguna. La explotación de mujeres y niños tiene lugar en las formas más crueles, humillantes e inhumanas: las mujeres destinadas a la prostitución son ante todo humilladas con golpes y estupro, de tal manera que pierdan el sentido de su propia dignidad; luego son compradas y vendidas, pasando de un dueno a otro y de uno a otro burdel; por consiguiente, son sometidas a un trabajo agradador, ya que deben estar a disposición de los clientes 18 horas diarias y a veces las 24 horas del día, recibiendo al mayor número posible de clientes para pagar las deudas contraídas tanto con el mediador que las ha vendido, anticipando el dinero para el viaje, como con el dueño del burdel que las ha comprado, pagando una suma al mediador. Por otra parte, los clientes, por el hecho de pagar, se creen con derecho a desahogar con las prostitutas sus peores instintos y sus perversiones.

Así, las prostitutas están totalmente a merced de personas que hacen lo que quieren con ellas sin que puedan impedirlo. Por este motivo viven en la más completa y triste esclavitud moral y física. Además, por haber sido introducidas ilegalmente en los distintos países, no pueden recurrir a las autoridades locales para conseguir ayuda, ya que por ser inmigrantes clandestinas las expulsarían del país donde se encuentran. De este modo, se encuentran sumidas en un círculo infernal del cual ya no pueden salir, salvo con la muerte o una denuncia a la policía de los dueños de los burdeles por inmigración clandestina.
Ante esta plaga gangrenosa y repugnante de la sociedad moderna, ¿qué se puede hacer en forma inmediata para contener el río turbio de sufrimiento humano que trae consigo? El 24 de noviembre de 1999, Juan Pablo II, condenando el turismo sexual, dijo que entre las numerosas agresiones a la dignidad humana, se rechaza vigorosamente esa difundida violación de la mujer que se manifiesta en la explotación de su persona y su cuerpo (Oss. Rom., 25 de noviembre de 1999). Y el 17 de diciembre de 1999 observó que no se puede tolerar que niños y jóvenes sean objeto de tráfico corrupto con el fin de satisfacer a adultos sin moral o alimentar redes ilegales de adopción o donación de órganos (Oss. Rom., 17 de diciembre de 1999). Repitió la misma denuncia el 2 de enero del 2000 en el Mensaje a los niños. Sin embargo, estas denuncias del Papa no dan lugar a acciones concretas de parte de las autoridades estatales con el fin de eliminar ese infame tráfico. Muchos Estados están vigorosamente empeñados en la lucha contra el tráfico de drogas y armas; pero no actúan con el mismo empeño en la lucha contra el network internacional de la prostitución, en parte por cuanto la demanda de servicios sexuales es tan fuerte y vasta como para desalentar cualquier tentativa de combatir la prostitución e impedir el turismo sexual.

Por este motivo, es tanto más meritorio el trabajo de las asociaciones humanitarias que denuncian prácticas esclavistas en perjuicio de las mujeres y los niños y se esfuerzan por sensibilizar a la opinión pública y estimular la acción de los organismos internacionales, la mayor parte de los cuales opera a través de la ONU. En realidad, no faltan documentos suscritos por los Estados, como la Convención de 1956 sobre la abolición de la esclavitud, la Convención de la OIT de 1973 contra el trabajo de menores y la Convención sobre el mismo tema suscrita en Ginebra el 17 de junio de 1999. Es preciso señalar también la tarea desarrollada por la UNICEF y la Convención sobre derechos del niño, adoptada por la ONU en 1990. Con todo, por loable que sea lo que hoy se hace contra la esclavitud económica y sexual, desgraciadamente es necesario constatar que millones de mujeres y niños viven aún en la más infame y humillante esclavitud con el fin de enriquecer a la criminalidad organizada y complacer a hombres desprovistos de todo sentido moral. A ellos debemos recordar estas tremendas palabras de Jesús: Y al que escandalizare a uno de estos pequeñuelos que creen en mí, más le valiera que le colgasen al cuello una piedra de molino de asno y le arrojaran al fondo del mar. ¡Ay del mundo por los escándalos! (Mt 18, 6-7).